

DIOSAS DE LA MITOLOGÍA GRIEGA. UNA EXPERIENCIA EN CLASE

ESTEBAN BÉRCHEZ CASTAÑO

IES La Morería, Mislata (Valencia)

estebanberchez@yahoo.es

Resumen

Con motivo del Día de la Mujer, el 8 de marzo, se suelen realizar determinadas actividades en los centros educativos, entre ellas hablar de la situación de la mujer en la Antigüedad y compararla con la de la mujer actual¹. Esto es algo que, además de interesante, induce a los alumnos a reflexionar sobre los cambios que se han producido y los que se deberían producir. No obstante, el tema de la mujer en la mitología grecorromana queda relegado a algo meramente anecdótico, como si ésta fuera tan sólo una sucesión de historias, a veces sin sentido aparente. Mas en realidad la mitología se presenta como el espejo de la sociedad que la ha creado. Si bien en la mayoría de culturas antiguas la mujer ocupaba un segundo plano, sorprende cómo muchas de las diosas de la mitología ejercen un papel determinante en la vida de los griegos... o al menos así parece a primera vista.

Palabras clave

Mitología, diosa, mujer, diosa madre.

1. ¿Qué idea se tenía de la mujer en Grecia?

«Pues este es el mayor mal que Zeus hizo: las mujeres; y, aunque parezcan ser útiles, llegan a ser para el marido sobre todo un mal [...] Cada

¹ Vide el libro de reciente publicación *Aristófanes. Lisístrata* de Elena Gallardo (Tilde, Valencia, 2012) que contiene, además de la traducción de la obra y comentarios varios, unos interesantes ejercicios donde el alumno debe comparar situaciones actuales con la de la mujer en la Grecia antigua. Asimismo es muy recomendable el excelente material publicado por el IES Cañada de las Eras (Molina de Segura, Murcia), titulado *La mujer en el Mundo Antiguo*: <http://leer.es/wp-content/uploads/web_bibliocanada/documentos/ESO3_CC_LA_MujerMundoAntiguo_Al_Bibliocanada.pdf> [consulta: 8-12-2012].

uno, al recordar a su mujer, la elogiará, y se burlará de la de otro. ¡Y no nos damos cuenta de que tenemos el mismo destino! Porque este es el mayor mal que Zeus hizo, y nos lo echó encima como el bronce irrompible de unas cadenas»²; «Son dos los días más placenteros de una mujer: cuando se casa y cuando la entierran»³. «Nada se lleva como botín un hombre mejor que una mujer buena, y nada más amargo que una mala»⁴. «Odio a la mujer sabia. ¡Que no haya en mi casa, pues, una mujer que sepa más de lo conveniente!»⁵. Estas son tan sólo algunas de las ideas que los antiguos griegos tenían de las mujeres. Nada alentador. En una sociedad como la actual estos comentarios ponen los pelos de punta y se piensa con alivio que aquellos tiempos ya han acabado, que quedan muy lejos aquellos griegos que se vanagloriaban de haber inventado la democracia, pero cuyas mujeres vivían en la más absoluta dependencia del hombre y en la más insignificante valoración. Hubo excepciones, pero fueron eso, excepciones, y muchas veces lo fueron tan sólo por llevar al extremo aquello que la sociedad —o los hombres— entendía que una buena mujer debía hacer.

Sin embargo, hace tan sólo unas décadas había anuncios publicitarios —que buscan siempre reflejar cotidianidad para que el espectador se identifique con el comprador— de la siguiente índole: un hombre está dando unos azotes a su esposa y en la parte superior se dice: «Si tu marido se diera cuenta de que no estás buscando algo para mantener fresco el café...». En otra imagen se ve a una mujer con cara de sorpresa sosteniendo una botella y debajo un rótulo que dice: «¿Quieres decir que una mujer puede abrirlo?». En un anuncio de relojes se lee: «Casi tan complicado como una mujer. Pero puntual» y «Limpiar cristales es cosa de hombres. Hasta 42 mm de diámetro»⁶.

² Ζεὺς γὰρ μέγιστον τοῦτ' ἐποίησεν κακόν,
 γυναῖκας· ἦν τι καὶ δοκέωσιν ὠφελεῖν
 ἔχοντι, τῶι μάλιστα γίνεταί κακόν.
 [...]

Τὴν ἦν δ' ἕκαστος αἰνέσει μεμνημένος
 γυναῖκα, τὴν δὲ τοῦτέρου μωμήσεται·
 ἴσῃν δ' ἔχοντες μοῖραν οὐ γινώσκομεν.
 Ζεὺς γὰρ μέγιστον τοῦτ' ἐποίησεν κακόν,
 καὶ δεσμὸν ἀμφέθηκεν ἄρρηκτον πέδην (Semon. 7D, 96-98 y 112-116).

³ δὴ ἡμέραι γυναῖκός εἰσιν ἡδίσται,
 ὅταν γαμῆι τις κἀκφέρηι τεθνηκυῖαν (Hippon. frag. 68 West).

⁴ οὐ μὲν γὰρ τι γυναῖκός ἀνὴρ ληίζετ' ἄμεινον
 τῆς ἀγαθῆς, τῆς δ' αὐτὲ κακῆς οὐ ῥίγιον ἄλλο (Hesiod. op. 702-703).

⁵ σοφὴν δὲ μισῶ· μὴ γὰρ ἔν γ' ἔμοις δόμοις
 εἶη φρονοῦσα πλείον' ἢ γυναῖκα χρῆ (Eur. Hipp. 640-641).

⁶ Cf. <<http://whattimesailing.com/2008/01/15/anuncios-machistas/>> [consulta: 8-12-2012].



Y si recurrimos a datos actuales la sorpresa es mucho mayor. Dos terceras partes de los casi 900 millones de analfabetos del mundo son mujeres (Naciones Unidas); de las mujeres en edad de trabajar tan sólo lo hace un 54% frente al 80% de los hombres; generalmente las mujeres ganan entre un 20 y un 30% menos que los hombres y desempeñan tan solo el 1% de los cargos directivos; al menos el 20 por ciento de las mujeres del mundo han sufrido malos tratos físicos o agresiones sexuales⁷. La situación de la mujer, al parecer, no ha cambiado mucho desde la antigua Grecia.

En Atenas, una de las principales ciudades estado de las muchas que conformaban la Hélade y donde nació la democracia, los ciudadanos tenían una serie de derechos y deberes: derecho a votar, a desempeñar cargos públicos, a contraer matrimonio legal, a realizar transacciones comer-

⁷ <http://www.ugteuskadi.org/article.php3?id_article=1653> [consulta: 8-12-2012].

ciales y el deber de pagar tributos y hacer el servicio militar. Pero... ¡esto sólo se refiere a los hombres! La mujer no tenía casi ningún derecho. Dependía de su padre, de su marido e incluso de su hijo mayor y no tenía ni siquiera derecho a poseer bienes. Su lugar no excedía de la esfera doméstica —tenían de hecho una parte de la casa asignada para ellas que se llamaba *gineceo*— y sus obligaciones se reducían a tener hijos, cuidar de ellos en sus primeros años, administrar la casa y tejer⁸.

¿Cómo es posible que la mujer no goce apenas de ningún privilegio, de ninguna consideración dentro de la sociedad griega, y, en cambio, muchas de sus diosas ocupen un lugar destacado en el panteón?

2. Los dioses como reflejo de la realidad

Los griegos, al crear sus dioses, lo hicieron a su imagen y semejanza, pero no sólo físicamente, sino que les atribuyeron también sus propios hábitos, sentimientos, virtudes y defectos⁹. Jenófanes, poeta y filósofo griego del s. VI a.C., criticó esta costumbre, la cual, por otra parte, reconocía como de lo más natural, pues si los caballos o bueyes tuvieran la capacidad de creer en dioses y modelarlos, los harían con forma de caballo o buey; llegó a concebir la idea de un dios supremo que ni en cuerpo ni en mente se parecía a los mortales, adelantando acaso la idea de monoteísmo, pero fue un concepto que no cuajó entre sus contemporáneos (*fr.* 16-20). Lo supremo no debía alejarse demasiado de la cotidianidad. Era la única forma de que los griegos sintieran a sus dioses más cercanos.

Mientras las religiones monoteístas como el Cristianismo o el Islam son dogmáticas, postulan normas de conducta, presentan a un dios —masculino— que encarna la justicia y acapara todas las bondades; en las religiones politeístas —la grecorromana, la egipcia o la céltica— no se busca el arrepentimiento, ni siquiera ser mejores personas, sino que los dioses ayuden a vivir mejor y por ello muestran divinidades lo más parecidas posibles a las personas, más próximas a ellas, divinidades que sufren, sienten, aman, pelean, tienen celos, se equivocan... y no sólo eso, sino que sus funciones o labores tienen su reflejo en actividades típicamente humanas.

⁸ Es muy ilustrativa una inscripción funeraria romana que un marido le hizo a su esposa y en la que se habla, de una forma muy escueta, de las virtudes de una mujer: «Fue casta, cuidó la casa, tejió» (*Casta fuit, domum seruauit, lanam fecit*; CIL I 1007).

⁹ Es muy recurrente proyectar en clase aquellos fragmentos de la película *Jasón y los Argonautas* de Don Chaffey (1963), en los que aparecen los dioses en el Olimpo con poses muy humanas: discutiendo, bromeando y divirtiéndose con el destino de los hombres (cf. F. Lillo Redonet, *El cine de tema griego y su aplicación didáctica*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1997, págs. 35-38).

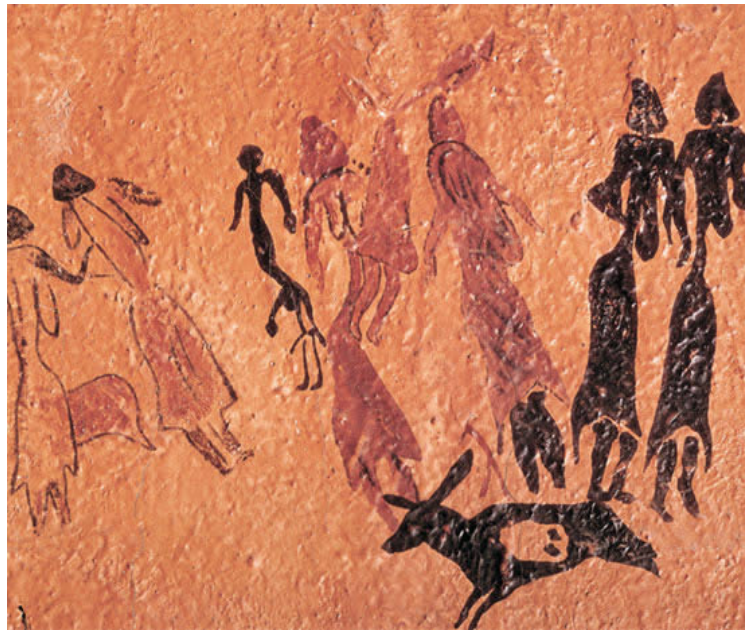
Hefesto es un herrero; Ártemis, una cazadora; Ares, un soldado... La religión griega, además, no tiene un código, un libro sagrado como la *Biblia* o el *Corán*, sino que lo que se sabe de sus divinidades se ha transmitido oralmente, de boca en boca, de generación en generación, y luego ha sido puesto por escrito, muchas veces por motivos más literarios y estéticos que religiosos. Pero ¿qué lugar ocupan las mujeres en la mitología griega? Para poder responder a esta pregunta debemos remontarnos a la Prehistoria, donde se gestaron las estructuras sociales.

3. Las Diosas Madre

En la prehistoria la distinción social entre hombres y mujeres era casi inexistente. Había, más bien, una repartición de tareas. La mujer procreaba, criaba a sus hijos y hacía labores para la comunidad como recolectar o coser. El hombre, por su parte, básicamente cazaba¹⁰ y fabricaba utensilios y armas. En las actividades religiosas seguramente la mujer ejercía un papel más importante que el hombre por el mero hecho de ser generadora y portadora de vida. En las pinturas rupestres las mujeres suelen diferenciarse de los hombres, no sólo por la actividad que realizan (son mayoritarias las escenas de caza protagonizadas por hombres), sino también por los vientres abultados y los enormes pechos con los que son representadas, destacando así su principal función: la procreación y la perduración del grupo¹¹.

¹⁰ En efecto la caza ha sido siempre considerada una actividad principalmente masculina; por ello extraña que en la mitología griega haya una diosa y no un dios vinculada a ella: Ártemis (la Diana romana). Esto, según B. Souvirón, *El rayo y la espada*. Vol. II, Alianza Editorial, Madrid, 2011, pág. 153, se debe a los rasgos arcaicos de esta diosa (cf. C. Olària, «Naixement, vida i mort de la sacralitat femenina. La interpretació de les cosmogonies-androlàtriques i la repercussió de l'actual concepte de gènere», *Asparkia*, 14 [2003] 99-115, pág. 101).

¹¹ Las imágenes que aparecen a partir de ahora en el trabajo son por orden de aparición las siguientes: 1. Pinturas rupestres en la Roca dels Moros del Cogul (Lérida); 2. Estatuilla de Çatal Hüyük (5570 a.C.), encontrada en Turquía; 3. Venus de Willendorf; 4. Diosa del Cacao de Guatemala; 5. *Pótnia therón*, Señora de las fieras o Diosa de las Serpientes (1600 a.C.); 6. *El nacimiento de la Vía Láctea* de P.P. Rubens (1636-1637); 7. *Nacimiento de Atenea*, cerámica griega (s. V a.C.); 8. *Penélope y los pretendientes* de J.W. Waterhouse (1912); 9. *Medea* de G.B. Castiglione (1616-1670); 10. *La Caja de Pandora* de J.W. Waterhouse (1896).



Los pechos son uno de los símbolos más importantes en todas las culturas, pues con ellos se nutre a los recién nacidos. Esto ha hecho que por metonimia simbolicen fertilidad, fecundidad, germinación y regeneración. Por ello las recreaciones de las llamadas Diosas Madre o Diosas Tierra, que hacen surgir los frutos de la tierra para alimentar a los seres vivos, suelen tener unos voluminosos senos. Dado que la mujer es la única capaz de crear vida, no es de extrañar que se la venerara como una divinidad y su campo de actuación se extendiera no sólo a los hijos sino a cuanto hay en el mundo. Estas Diosas Madre adquieren tal importancia que muchas veces se consideran la primera deidad, de la que proviene el resto del panteón.

Son muchos los ejemplos que se pueden extraer de distintos lugares y épocas, que muestran que la adoración por la mujer en calidad de generatriz es algo universal. Las *Venus* paleolíticas, por ejemplo, que se remontan a hace 20.000 años y entre las que destaca la Venus de Willendorf, son mujeres o deidades de rostro impreciso y brazos y pies casi inexistentes pero con atributos maternos —vientre abultado y pechos voluminosos— muy marcados¹². En el Neolítico hay muchas versiones de mujeres obesas sentadas en tronos flanqueados por leopardos, siendo tal vez la más famosa la estatuilla de Çatal Hüyük (5570 a.C.), encontrada en Turquía, y de cuyas piernas asoma la cabeza de un niño al que está pariendo. En la cultura

¹² Vide C. Olària «La imagen femenina del paleolítico, 15.000 años de historia: mujer, madre y diosa», *Asparkia*, 2 (1993) 15-25; «El arte y la mujer en la Prehistoria», *Asparkia*, 6 (1996) 77-94; «Naixement, vida i mort de la sacralitat femenina...».

minoica (1600 a.C.) destaca la Señora de las fieras o *Pótnia therón*, que suele aparecer representada con una serpiente en cada mano y los pechos al descubierto. En Guatemala se venera a la Diosa del Cacao, por ser este el alimento principal. De la diosa parecen brotar frutos o semillas en forma de pechos, como dando a entender su principal función generadora¹³. Y en la famosa *Ara Pacis* (s. I a.C.), el altar consagrado por Augusto a la Paz, aparece la diosa Terra o *Tellus* con dos niños en el regazo.



El culto a estas Diosas Madre, no obstante, era típico de culturas agrícolas y a medida que surgieron las ciudades —y el pastoreo— se las arrinconó y se crearon otras divinidades —más acordes a las nuevas circunstancias—, aunque nunca se dejó de adorarlas. Las nuevas estructuras sociales adquiridas, en las que se estableció entre otras cosas una jerarquía militar, hizo que el elemento masculino empezara a poseer una preponderancia en los panteones y mitologías antiguas y se valorara la importancia de la simiente del hombre para la procreación, dejando en un plano incluso inferior el papel de la mujer en la reproducción¹⁴. En la mitología egip-

¹³ Imagen esta similar a la Ártemis de Éfeso, de la que se conservan tres representaciones (s. I a.C.-II d.C.), que muestra múltiples protuberancias, semejantes a senos. No obstante, según B. Souvirón (*El rayo y la espada*, vol. II, págs. 100-116), estos «pedúnculos globulares» carentes de pezones no representan pechos, sino los testículos de los bóvidos que sacrificaban en honor de esta diosa, y que luego colgaban en su efigie como ofrenda.

¹⁴ Acaso sea este el motivo por el que en determinados nacimientos mitológicos se haya obviado la intervención de una mujer o diosa, como por ejemplo en los casos de Atenea y de Afrodita, engendradas ambas únicamente a partir de un dios (cf. Hom. *Il.* 5, 875; Aesch. *Eum.* 738; cf. J.M. Marín, «Mujer: mito, tragedia y cotidianidad», *Asparkia*, 6 [1996] 101-115, pág. 104). Eurípides pone en boca de Jasón las siguientes palabras (*Med.* 573-575): «Pues los mortales deberían engendrar a sus hijos de alguna otra forma; no debería

cia, por ejemplo, es Atón o Akenatón, el dios del Sol y la Justicia, quien con su semen y sin intervención femenina, crea a poderosas divinidades¹⁵. En la griega es Zeus el que con su lluvia *fecunda* la tierra; «No es la madre», dice el tragediógrafo Esquilo (s. VI-V a.C.), «quien engendra al que llama su hijo, sino la nodriza del germen recién sembrado. El que engendra es el hombre»¹⁶. La mujer pasa entonces a ser la compañera del hombre. De hecho, en Grecia y Roma si un matrimonio no tenía hijos, la culpa recaía en la esposa y, en consecuencia, el marido podía repudiarla impunemente.

En la mitología griega la diosa que asume en un principio el papel de las primitivas Diosas Madre es Gea. De ella, según Hesíodo (*Theog.* 117-32), que la describe como «de ancho pecho» (εὐρύστερνος), nacieron sin intervención masculina —es decir, partenogénesis—, las Montañas, Ponto (el mar) y Urano (el cielo), con quien después se casó y engendró a los Titanes. Pero el culto a Gea con el paso de los siglos se fue difuminando y muchos de sus atributos y áreas de influencia se repartieron entre otras deidades: Deméter era la diosa de la agricultura, Perséfone y Afrodita se



relacionaban con las flores y los jardines; Dioniso era el dios de las vides; Cíbele, de origen frigio, se identificó con la Gran Madre; y Hera pasó a ser la madre de los dioses y a ella se le atribuye la creación de la Vía Láctea, que no es otra cosa que la leche materna que se desparamó al apartar a Hércules

que mamaba sin parar y con demasiada fuerza de su teta¹⁷.

existir la raza femenina. De este modo no habría ningún mal para los hombres» ([...] χοῖν γὰρ ἄλλοθεν ποθεν βροτοὺς/ παιδας τεκνοῦσθαι, θῆλυ δ' οὐκ εἶναι γένος-/ χοῦτως ἂν οὐκ ἦν οὐδὲν ἀνθρώποις κακόν). Homero, con la descripción en su *Iliada* y *Odisea* de la cultura micénica, y Hesíodo, en su *Teogonía* principalmente, son en cierta forma los autores que codificaron la religión olímpica-patriarcal (B. Souvirón, *El rayo y la espada*, vol. I, 2008, págs.: 88-89).

¹⁵ C. Olària «Naixement, vida i mort de la sacralitat femenina...», pág. 111.

¹⁶ οὐκ ἔστι μήτηρ ἢ κεκλημένη τέκνου
τοκεύς, τροφὸς δὲ κύματος νεοσπόρου·
τίκτει δ' ὁ θρώσκων (Aesch. *Eum.* 658-660).

¹⁷ Salvo este mito cosmogónico de la formación de la Vía Láctea, llama la atención que no se destaque en la mitología el papel maternal de Hera, sino tan sólo su entidad como

4. Las divinidades femeninas

La religión griega es politeísta y, como tal, tiene un intrincado árbol genealógico con un sinfín de dioses. Pero si los dioses son reflejo de las personas, sorprende, dada la precaria situación de la mujer en Grecia, que se venere tanto a determinadas diosas y se les dé un área de influencia de suma importancia. Atenea es la diosa de la sabiduría¹⁸, Mnemosine de la memoria, Hera del matrimonio, Hestia del hogar, Ártemis de la caza, Deméter de la agricultura y así un largo etcétera. No obstante, esta importancia es sólo aparente, pues los griegos, tal y como ya hemos dicho, crearon a los dioses a su imagen y semejanza y, por tanto, sus actividades cotidianas debían de alguna forma ser expresadas en las acciones divinas. Y en estas actividades cotidianas la mujer estaba supeditada al hombre.

Hera, hermana y esposa del gran Zeus, es la diosa del matrimonio, una de las instituciones más importantes en la Antigüedad, pero resulta que mientras ella permanece virgen hasta el matrimonio y le es fiel a su marido, como toda esposa debía serlo, Zeus no sólo mantuvo muchas relaciones antes del matrimonio, sino que, además, una vez casado con Hera, le fue infiel con innumerables mortales e inmortales. En Grecia el marido podía cometer adulterio, pero la mujer, en cambio, tenía que ser fiel a riesgo de ser repudiada e incluso castigada con la muerte¹⁹. «Tenemos a las heteras para el placer —decía el orador Demóstenes (s. IV a.C.)—, a las concubinas para los cuidados diarios del cuerpo y a las esposas para que nos den hijos de forma legítima y sean guardianas de confianza en casa»²⁰. Y tan enraizada estaba esta creencia que Hera, pese a enfadarse con Zeus, no descargaba su ira en él, sino en sus amantes e hijos ilegítimos, aun cuando en muchas ocasiones sus amantes eran forzadas por el padre y soberano de los dioses: intentó impedir por todos los medios que Leto,

esposa de Zeus (N. Loraux, «¿Qué es una diosa?», en G. Duby & M. Perrot (eds.), *Historia de las mujeres. La Antigüedad*, Taurus, Madrid, 2000, 47-88, págs. 60-61; W. Burkert, *Religión griega arcaica y clásica*, trad. Helena Bernabé, Abada Editores, Madrid, 2007, pág. 181).

¹⁸ Atenea, además de la diosa de la sabiduría, es la divinidad de la guerra táctica, estratégica. No obstante, con el paso del tiempo la mitología fue dejando de lado su vena guerrera y cediéndosela a Ares, que se va erigiendo como el dios de la guerra por antonomasia (B. Souvirón, *El rayo y la espada*, vol. I, págs. 208-213; vol. II, págs. 345-346).

¹⁹ Es importante destacar que en la mitología griega muchas diosas suelen aparecer en grupo —Moiras, ninfas, Grayas, Musas, Gracias, Erinias, Nereidas...—, acaso como reflejo de la sociedad en la que, como acabamos de ver, el hombre podía tener relaciones extraconyugales con las mujeres que quisiera (N. Loraux, *loc. cit.*, págs. 28-29; J. Redondo, *Introducción a la religión i la mitología gregues*, Universitat de València, Valencia, 2006, pág. 36).

²⁰ τὰς μὲν γὰρ ἑταίρας ἡδονῆς ἕνεκ' ἔχομεν, τὰς δὲ παλλακὰς τῆς καθ' ἡμέραν θεραπείας τοῦ σώματος, τὰς δὲ γυναικῶν τοῦ παιδοποιεῖσθαι γνησίως καὶ τῶν ἔνδον φύλακα πιστὴν ἔχειν (Demosth. *in Neaer.* 122).

amante de su marido, diera a luz a los gemelos Apolo y Ártemis; envió un tábano para que molestara continuamente a Ío, mujer a la que Zeus, para evitar en vano que su esposa se enterara de la infidelidad, transformó en una hermosa ternera blanca; y le dijo a Sémele que en el momento de hacer el acto amoroso le pidiera a Zeus que se mostrara en todo su esplendor, sabiendo que cuando éste así lo hiciera la abrasaría con sus rayos. A pesar de todo, Hera nunca pagaba a su marido con la misma moneda. Era vengativa, pero fiel —quizá por miedo a las represalias de Zeus o sencillamente porque en el matrimonio la mujer debía ser leal al esposo—. «Si sorprendieras a tu mujer en adulterio», dice Catón el Censor (s. III-II a.C.)²¹, refiriéndose al matrimonio en Roma, «puedes matarla impunemente sin juicio previo; en cambio, si tú cometieras adulterio, ella no se atreverá, ni tiene derecho, a ponerte la mano encima».

Castigar a la mujer adúltera sigue siendo, lamentable y sorprendentemente, una costumbre en algunos países. La *Sharia* o código de conducta islámica, vigente hoy en día, considera como delitos graves la homosexualidad, el adulterio y las relaciones con «infieles» y pueden ser motivo de condena a muerte²². Según datos de Naciones Unidas²³, «actualmente cada dos horas, una mujer es apuñalada, apedreada, estrangulada o quemada viva para *salvar* el honor de la familia». Por citar tan sólo un par de casos, Hajara Ibrahim, de 29 años, fue condenada a la lapidación en 2004 por

²¹ *In adulterio uxorem tuam siprehendisses, sine iudicio inpune necares; illa te, si adulterares siue tu adulterarere, digito non auderet contingere, neque ius est* (Gell. X 23, 5; cf. Plaut. *merc.* 817-825; Plutarc. *Romul.* 22).

²² Es aconsejable en clase darles a conocer a los alumnos libros como la *Biblia* o el *Corán*, que, en mi opinión, deben conocer sean o no creyentes, pues son los libros sagrados de dos religiones que han influido mucho en la historia de occidente. A raíz, pues, del matrimonio y el adulterio se pueden leer y comentar fragmentos de estas obras, como los siguientes: «Los hombres están por encima de las mujeres, porque Dios ha favorecido a unos respecto de otros, y porque ellos gastan parte de sus riquezas en favor de las mujeres. Las mujeres piadosas son sumisas a las disposiciones de Dios; son reservadas en ausencia de sus maridos en lo que Dios mandó ser reservado. A aquellas de quienes temáis la desobediencia, amonestadlas, confinadlas en sus habitaciones, golpeadlas. Si os obedecen, no busquéis pretexto para maltratarlas» (*Corán* 4, 38/34 [trad. Juan Vernet]). «Pues la mujer, que está casada, está ligada por ley al marido mientras este vive; pero si el marido muriera queda libre de la ley del marido» (*nam, quae sub uiro est, mulier uiuente uiro alligata est legi, si autem mortuus fuerit uir soluta est a lege uiri*; *Rom.* 7, 2); «Que las mujeres estén supeditadas a sus maridos, como a Dios, porque el hombre es la cabeza de la mujer como Cristo es la cabeza de la Iglesia» (*mulieres uiris suis subditae sint, sicut Domino, quoniam uir caput est mulieris, sicut Christus caput est ecclesiae*; *Ephes.* 5, 22).

²³ <www.imfmetal.org/index.cfm> [consulta: 8-12-2012].

cometer adulterio, al igual que la joven de 17 años Du'a Khalil Aswad en 2007 por enamorarse de un joven que profesaba otra religión²⁴.

Pocos matrimonios en Grecia eran por amor. La mayoría eran concertados y poco o nada podía opinar la novia²⁵. De la misma forma Afrodita, la diosa más bella, fue obligada por Zeus a casarse nada más y nada menos que con Hefesto, el dios más feo, cojo y siempre sucio por trabajar en su fragua durante toda la noche. A la diosa del amor, no obstante, eso no le frenó para mantener relaciones con otros, siendo el más famoso de sus amantes Ares, el dios de la guerra. Hefesto, cuando se enteró de esta infidelidad, decidió atraparlos en una red invisible e irrompible y convocar a todos los dioses del Olimpo para humillar a los adúlteros. Sin embargo, impotente, no pudo evitar que su mujer le siguiera siendo infiel. Pues bien, la costumbre de los matrimonios concertados sigue estando vigente hoy en día en algunos países. Según la agencia EFE (16/09/2008), una joven india de quince años huyó del altar al conocer el día de la boda a su novio de setenta años, quien al parecer había pagado dinero a la familia de ella. Y un americano, tras viajar a la india para casarse con una mujer a la que no conocía, decidió entablarle una demanda a su futura esposa por considerarla *muy fea*²⁶.



El matrimonio en Grecia y todas sus normas tienen, como hemos podido ver, su eco en la mitología. Pero hay muchos otros aspectos de la vida social de la mujer en Grecia que tienen cabida en la mitología, retrato —acaso esperpéntico— de la realidad. Metis, considerada la primera mujer de Zeus, es la diosa de la prudencia, y, al quedarse embarazada y debido a un oráculo que presagiaba que después de darle una hija le daría un vástago que lo destronaría, Zeus decidió engullírsela, dando él mismo a luz a su hija. Pero lo hizo por la cabeza, de ahí que su hija, Atenea, sea la diosa de la inteligencia,

²⁴ Recientemente ha salido en la prensa la noticia de unos padres que habían matado a su hija de 15 años rociándola con ácido «porque su padre sospechaba que le gustaba un chico». Existe un documental, ganador del Óscar de 2012, titulado *Saving face*, que versa sobre esta práctica en Pakistán (cf. <<http://el-pais.vlex.es/vid/rociada-acido-mirar-chicos-adolescente-lacra-405099598>> [consulta: 8-12-2012]).

²⁵ De hecho existía en Grecia la costumbre de que la mujer se casara, siendo casi una niña, con un hombre mayor. Hesíodo (*op.* 695-696), en el siglo VI a.C. aconsejaba a los hombres casarse a los treinta años de edad y a la mujer a los quince para así poder «habituarla a las buenas costumbres» (cf. Aristoph. *Lys.* 595-596).

²⁶ <<http://impreso.elnuevodiario.com.ni/2006/07/16/sucesos/24251>> [consulta: 8-12-2012].

entendiéndose que tanto la prudencia como la inteligencia, representadas por Metis y Atenea respectivamente, son gestadas por un varón, por Zeus.



Además Atenea también inventó el arte de tejer, actividad principal, como ya hemos visto, de las mujeres. Por este mismo motivo a las Moiras (el equivalente a las Parcas romanas), encargadas del destino de hombres y dioses, se las representa en una rueca, tejiendo el hilo de la vida y cortándolo cuando estiman que el acontecer de una persona ha llegado a su fin.

Hasta tal punto era importante que una mujer supiera tejer que una de las heroínas más célebres de la mitología griega, Penélope, ha sido famosa precisamente por eso, además de por su férrea fidelidad de la que toda mujer griega debía hacer gala. Penélope, mientras esperaba el regreso de su esposo Odiseo, atendía a los pretendientes que iban a su casa para ocupar el puesto de su marido, los agasajaba y, después de veinte años de espera y fidelidad conyugal, la obligaron, dando por muerto a Odiseo, a elegir como marido a uno de ellos. Ella se resistía a tomar tal decisión hasta verificar que efectivamente era viuda y les dijo a los pretendientes que lo decidiría cuando terminara un telar; telar que, por cierto, deshacía por la noche para postergar lo más posible la incómoda decisión.

Y qué se puede decir de Afrodita, la diosa del amor, una divinidad que se deja llevar por apetencias inmediatas, celosa, obsesionada con su belleza... y que, en consecuencia, es de placeres momentáneos, fugaces. Los griegos crearon la figura masculina de Eros (el Cupido romano), en contraposición a Afrodita, para simbolizar el amor duradero. De hecho, en una tradición tardía Eros ya no aparece como un niño caprichoso y juguetón, sino como un joven que se enamora y acaba casándose con una hermosa mujer llamada Psique, que en griego significa «alma», entendiéndose que el amor verdadero es aquel en el que los amantes se enamoran de sus respectivas almas, no de los cuerpos que al fin y al cabo son caducos, perecederos (cf. historia de Filemón y Baucis). Afrodita es la diosa más bella (cf. Juicio de Paris) y siempre está pendiente de su cuerpo, el cual no tiene ningún pudor en mostrar desnudo, antes al contrario, y ¡pobre de aquella que ose igualarse a ella! Psique, cuya belleza fue comparada por los mortales con la propia Afrodita, despertó el recelo de la diosa. Por ello envió a su hijo Eros para que le arrojara una flecha y se enamorara de un

ser horrible; pero el dios, al verla, cayó perdidamente enamorado de ella y la raptó.

Es esta cualidad de Afrodita, el dejarse llevar, algo que los griegos consideraban propio de mujeres, lo que las hace irreflexivas, irascibles y sobre todo vengativas²⁷. Se pueden extraer de la mitología numerosos ejemplos. Ya hemos visto algunas venganzas de Hera hacia las amantes de su marido, pero hay muchas más. Atenea, por ejemplo, que era una diosa virgen, dejó ciego a Tiresias por verla desnuda mientras se lavaba; Ártemis decidió vivir entre ninfas y animales despreciando cualquier contacto con un hombre y ¡ay de aquel que invadiera su intimidad! Convirtió en ciervo a Acteón para que lo despedazaran sus propios perros de caza, porque la había visto por accidente bañándose desnuda en un lago y mató al gigante Orión por intentar violar a una de las doncellas que la acompañan. Medea, una hechicera de la Cólquide, región ubicada en el confín del mundo, ayudó por amor a Jasón a conseguir el vellocino de oro y para ello tuvo que traicionar a su padre y su patria y descuartizar a su propio hermano. Más tarde tuvo dos hijos con Jasón, pero fue repudiada porque decidió casarse con otra mujer. Para vengarse de tal ultraje asesinó a la futura esposa, pero no contenta con ello y cegada por su deseo de hacer daño al que tanto había amado, mató a los hijos que con él había tenido. ¡A sus propios hijos! «La mujer tiene miedo de todo», dice el tragediógrafo Eurípides, «y se acobarda al contemplar la guerra y las armas, pero, cuando se trata injustamente su lecho, no hay otro ser más sanguinario»²⁸.

²⁷ Se suele oponer la irreflexión femenina a la racionalidad masculina. Si la mujer, tal y como hemos dicho, se deja llevar por sus sentimientos, el hombre, en cambio, se impone a sí mismo la reflexión, consciente de los desastres que puede acarrear el dejar aflorar libremente los sentimientos. Claro ejemplo de esto aparece en la *Odisea* (XX 5-30): Odiseo, al ver a las esclavas felices y sonrientes antes de yacer con los pretendientes que han asaltado su casa, desea ardientemente abalanzarse sobre ellas y matarlas a todas, pero la prudencia se lo impide y para frenarse se golpea el pecho con fuerza. Este tipo de opiniones está bien contrastarlas en clase con otros datos actuales, como, por ejemplo, que las mujeres tienen muchos menos accidentes que los hombres porque son en teoría más prudentes al volante: (<<http://www.abc.es/20111019/espana/abci-mujeres-conduccion-hombres-201110190920.html>> [consulta: 8-12-2012]).

²⁸[...] γυνή γὰρ τὰλλα μὲν φόβου πλέα
κακή τ' ἐς ἀλκὴν καὶ σίδηρον εἰσορᾶν·
ὅταν δ' ἐς εὐνήν ἠδικημένη κυρῆ,
οὐκ ἔστιν ἄλλη φρήν μαιφονωτέρα (Eur. *Med.* 263-266).



Hestia, también virgen, es la diosa del hogar y precisamente su área de acción, como si de un gineceo se tratara, es el Olimpo. Se la venera en casa, ámbito, como ya hemos visto, destinado a las mujeres. En Roma esta diosa, denominada *Vesta*, gozó de mayor importancia, entre otras cosas porque la madre de Rómulo, el fundador de Roma, fue una vestal, Rea Silvia, es decir, una sacerdotisa encargada de custodiar el fuego sagrado de Roma que, mientras durase encendido, garantizaba el bienestar de la ciudad. Las vestales eran escogidas de entre las mejores familias romanas y debían consagrarse por entero a la diosa desde su niñez y durante treinta años. No podían mantener relaciones sexuales y debían vigilar que el fuego no se apagara. Si alguna de estas dos estrictas normas no se cumplía eran condenadas a muerte, pero, como era un sacrilegio verter la sangre de una vestal, se las enterraba vivas (recuerda a las lapidaciones por adulterio que hemos comentado antes). A cambio de tales deberes recibían privilegios —típicos de hombres— como por ejemplo tener una casa en el foro, poder sentarse en las primeras filas en el teatro, dinero y sobre todo prestigio²⁹.

²⁹ A partir de lo dicho sobre las vestales, se puede hablar en clase del papel que juegan las mujeres hoy en día en cuanto a cargos religiosos se refiere. Que sepamos, en el Islam no hallamos ningún caso en el que la mujer desempeñe algún cargo religioso. En el Cristianismo, en cambio, se está luchando para que las mujeres puedan acceder a la carrera eclesiástica. Recientemente salía una noticia en la prensa en la que se decía que la Iglesia anglicana había rechazado la propuesta de que las mujeres pudieran llegar a «obispas», pese a que ya hace más de veinte años que pueden ostentar el sacerdocio, cargo hasta entonces reservado sólo a los hombres (cf. <http://www.rtve.es/noticias/20121120/iglesia-inglesa-rechaza-ordenacion-las-mujeres-como-obispos/575787.shtml> [consulta: 8-12-2012]).

Las Musas, hijas de Zeus y Mnemosine, diosa de la memoria, son las divinidades de las artes, pero siempre están al amparo de Apolo, un dios. Hécate es la diosa de la magia; ámbito mal visto por buscar la alteración de las leyes naturales y, en consecuencia, reservado por los griegos sólo a las mujeres. El hombre, por su parte, ostenta la esfera de la adivinación, que tanta importancia tuvo no sólo en la mitología, sino también en la historia grecorromana. Hubo dos excepciones dignas de mención: Casandra y la Pitia de Delfos. No obstante, ambas eran inspiradas por el dios Apolo, y mientras Casandra estaba condenada por rechazar el acto amoroso con Apolo a que ninguno creyera sus predicciones, la Pitia tan sólo comunicaba las palabras que el dios le enviaba y luego eran los sacerdotes del templo de Delfos los que las interpretaban. Siempre, lo que una mujer hacía debía pasar por las manos de un hombre para que adquiriera valor o sentido. Quizá como una huella de la preponderancia de la mujer en época antiquísima, el oráculo de Delfos, en sus orígenes, era regido por la titánide Temis, a quien consideraban inventora de las leyes, pero fue sustituida por Apolo, que pasó a ser el dios de las profecías por antonomasia. A este respecto afirma Souvirón³⁰,

La religión es un terreno absolutamente conservador en el que el sincretismo de unos elementos con otros forma parte principal de su esencia. Por eso, aunque la pitia acabara siendo una especie de muñeca en manos de los sacerdotes, aunque la leyenda del *pneûma* inspirador se fuera diluyendo, aunque la presencia del elemento femenino fuera cayendo en el saco del olvido, la historia de Delfos, como casi todas las historias del Mediterráneo, es una historia fundacionalmente femenina.

5. La mujer: causante de los grandes males de la Humanidad

En la literatura grecorromana se ha presentado a la mujer con un carácter débil, incapaz de frenar sus apetitos más primarios —celos, envidia, ira, odio, pasión— y curiosa en exceso. Esta última característica, la curiosidad, es la esencia del mito que habla de la creación de la mujer. Pandora fue la primera mujer que Zeus ordenó modelar a Hefesto, el forjador de armas y artilugios. Cada dios le dio una cualidad, de ahí su nombre Pandora, que significa «todos los regalos»: gracia, belleza, persuasión, pero también mentira y engaño. La casaron con Epiméteo, el hermano del filántropo Prométeo, quien fabricara al hombre a partir del barro y robara el fuego a los dioses para dárselo a los humanos, a fin de que pudieran calentarse, cocinar los alimentos y vivir en sociedad. El nombre de Prométeo significa «el que piensa las cosas antes de hacerlas – prudente – previsor»

³⁰ B. Souvirón, *El rayo y la espada*, vol. I, págs. 405-406.

y Epiméteo, justo lo contrario. Si unimos, pues, como marido y mujer a un hombre impulsivo, que no piensa las cosas y a una mujer, que, según los griegos, por naturaleza es curiosa, tenemos una pareja francamente peligrosa. Zeus, consciente de ello y buscando vengar la desfachatez de Prométeo al haberle robado el fuego, decidió encerrar en una caja todos los sentimientos, buenos y malos, y dársela a Pandora, sin que ella conociera su contenido, bajo promesa de que jamás la abriría. Pero Zeus sabía que Pandora no podría soportarlo y entonces intentaría ver qué contenía la caja. Y así sucedió. El hambre, el frío, la tristeza, la envidia, la codicia... todos los males y miserias que hoy afligen a la humanidad, como vapor, salieron de la caja. Pandora, consciente, tarde, del error que había cometido, la cerró de golpe y en ella, en el fondo, quedó relegada la esperanza.



Esta historia tiene su claro paralelo en la *Biblia*, que bien se puede entender como un conjunto de relatos mitológicos. Eva — la primera mujer que Dios creó de la costilla de Adán para darle compañía— se dejó llevar por la curiosidad y las zalamerías palabras de una serpiente y comió una manzana del árbol que expresamente había prohibido Dios, produciéndose así la expulsión del Edén y, por consiguiente, el fin de una vida feliz y el comienzo de una vida con sufrimientos. Dios les dirigió a Adán y Eva las siguientes palabras: «A la mujer le dijo: "multiplicaré las angustias en tus embarazos, parirás a tus hijos con dolor y estarás bajo la potestad del hombre y él

mismo será dominado por ti". A Adán le dijo: "dado que escuchaste la voz de tu mujer y comiste del árbol, del cual te había ordenado que no comieras, con dolor y con tu esfuerzo comerás todos los días de tu vida de la maldita tierra, que producirá para ti espinos y cardos y comerás hierbas del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que regreses a la tierra de la que fuiste tomado; pues polvo eres y en polvo te convertirás"»³¹.

³¹ *Mulieri quoque dixit: «multiplicabo aerumnas tuas et conceptus tuos in dolore paries filios et sub uiri potestate eris et ipse dominabitur tui». Ad Adam uero dixit: "quia audisti uocem uxoris tuae et comedisti de ligno ex quo praeceperam tibi ne comederes, maledicta terra in opere tuo in laboribus comedes eam cunctis iebus uitae tuae spinas et tribulos germinabit tibi et comedes herbas terrae in sudore uultus tui uesceris pane, donec reuertaris in terram de qua sumptus es, quia puluis es et in puluerem reuerteri» (Gen. 3, 16-19).*

Lejos quedaba ya la época en la que la mujer, la generadora y portadora de vida, era venerada por encima incluso del hombre. En Grecia —y en otras culturas— no sólo la mujer quedó relegada a un ínfimo plano, sino que además se le acusó de ser la causante de todos los males que acucian a la Humanidad.

6. Conclusión

Iniciábamos el artículo con una cita de Semónides, un poeta del s. VI a.C., extraído de un extenso poema, donde compara a la mujer con distintos animales —una comadreja, una perra, una cerda, una yegua o una mona entre otras—. Todos estos tipos de mujeres son criticadas duramente y tan sólo una se salvaría en opinión del poeta, la mujer que es como una abeja, ya que se preocupa de cuidar la casa, de criar a sus hijos y de no hablar sobre amoríos con otras mujeres (Semon. 7D, 83-91). Esta mujer-abeja acapararía, pues, las virtudes que en Grecia se consideraba que una buena mujer debía poseer. En primer lugar debía mantenerse virgen hasta el matrimonio, como vírgenes fueron Atenea, Ártemis y Hestia, que rechazaron voluntariamente desposarse con nadie³². También debía casarse y serle fiel al esposo, como Hera lo fue con Zeus y encargarse del cuidado de la casa, en la que estaba confinada casi obligatoriamente, como Hestia. Entre sus quehaceres rutinarios estaba tejer, y Atenea es la diosa que inventó este arte, y criar a sus hijos, de la misma forma que Deméter nutre a las personas al hacer brotar el alimento de la tierra. Pero aparte de lo que debería hacer una mujer, las había que se preocupaban en exceso por su belleza, como Afrodita, y que se dejaban llevar por sus emociones, como las vengativas Ártemis o Medea. En conclusión, los griegos crearon la mitología para explicar el mundo y, acaso de forma inconsciente, el mundo que construyeron llegó a ser un reflejo de la realidad que vivían, donde los protagonistas eran semejantes a ellos, y, por tanto, el papel que las diosas desempeñaban en los relatos mitológicos eran muy similares a los ejercidos por la mujer en la sociedad griega. Otras mitologías en poco o nada se diferencian de la griega en cuanto a la mujer se refiere. Afortunadamente el desarrollo implica cambios, pero los cambios no suelen ser inmediatos y en algunos casos son excesivamente lentos. Han pasado más de dos mil

³² Llama la atención el hecho de que no hay ni un solo dios que no tenga una o varias mujeres como pareja, ya sea en calidad de esposa o de amantes; y, en cambio, sean varias las diosas que permanecen voluntariamente vírgenes. Para la importancia de la virginidad en la Antigüedad y lo catastrófico de su pérdida *vide* A. Gasent, «La conservació de la virginitat a Plutarc y Pausànies», en Á. Narro y J. Redondo (eds.), *Les literatures antigues a les literatures medievals II. Herois i sants a la tradició literària occidental*, Adolf M. Hakkert Publisher, Amsterdam, 2011, 71-96.

quinientos años desde que Semónides reflejara en su poema la situación de la mujer y todavía hoy son muchos los tabúes, los prejuicios, las barreras en suma, que quedan por derribar.

Bibliografía

Burkert, W., *Religión griega arcaica y clásica*, trad. Helena Bernabé, Abada Editores, Madrid, 2007.

Gasent, A., «La conservació de la virginitat a Plutarc y Pausànies», en Á. Narro y J. Redondo (eds.), *Les literatures antigues a les literatures medievals II. Herois i sants a la tradició literària occidental*, Adolf M. Hakkert Publisher, Amsterdam, 2011, 71-96.

Lillo Redonet, F., *El cine de tema griego y su aplicación didáctica*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1997.

Loraux, N., «¿Qué es una diosa?», G. Duby y M. Perrot edd., *Historia de las mujeres. La Antigüedad*, Taurus, Madrid 2000, 47-88.

Marín, J.M., «Mujer: mito, tragedia y cotidianidad», *Asparkía*, 6 (1996) 101-115.

Olària, C., «La imagen femenina del paleolítico, 15.000 años de historia: mujer, madre y diosa», *Asparkía*, 2 (1993) 15-25.

Olària, C., «El arte y la mujer en la Prehistoria», *Asparkía*, 6 (1996) 77-94.

Olària, C., «Naixement, vida i mort de la sacralitat femenina. La interpretació de les cosmogonies androlàtriques i la repercussió de l'actual concepte de gènere», *Asparkía*, 14 (2003) 99-115.

Redondo J., *Introducció a la religió i la mitologia gregues*, Universitat de València, Valencia, 2006.

Souvirón, B., *El rayo y la espada*, vol. I, Alianza Editorial, Madrid, 2008.

Souvirón, B., *El rayo y la espada*, vol. II, Alianza Editorial, Madrid, 2011.